

A UN antes de entrar lo ví, a través de la vidriera, esperándome ante la misma mesa en la que desde hacía un mes trabajábamos en mi tesis profesional. Retraído y hasta sombrío; sin un libro consigo ni un periódico, al menos, que lo pusiera a tono con la traza intelectual de quienes van a esos cafés a imponer su personalidad clamorosamente, o —al revés— afectando todos los trances de la abstracción. Me pareció que en su soledad había algo como desdén, dignísimo, hacia aquella gente.

—Como no ha de estar usted cabizbajo —le dije, sorprendiéndolo, con acento cordial— cuando pesan tanto esas ideas que trae usted en la cabeza. (Lo cierto era que gracias a él, mucho más



L A

# T E S I S

Por Máximo MAGDALENO

capaz y laborioso que yo, estábamos próximos a concluir mi tesis.)

Volvió la cara surcada por una sonrisa oblicua, tristísima:

—Síntese; pidamos café.

Increíble que pudiéramos trabajar en medio del trajín y las voces; pero así había sido desde el principio y no resultaba del todo mal ponernos a hilvanar teorías, ante nuestra tazas y nuestros cigarrillos, allí, al atardecer.

Mientras se ocupaba del mozo repasé su perfil: el aire burlón de su nariz, en abierta contradicción con el de su barbilla, sumiso; la mirada, bajo cejas que no lograban protegerla, aunque para ello se angustiaban, como cansada de preguntarlo todo con seriedad infantil; apenas en su quijada se descubría resolución; o mejor aún, no en la quijada sino en los músculos que la accionaban tensamente. Joven aún y canoso. ¿Contradictorio o cómo era él? Rechacé la idea de juzgarle más por su apariencia; pero en cambio, al considerar que, tras su languidez, aquel hombre estaba ferocemente listo, como siempre, para continuar una tarea que yo solo no podía terminar, me vino un ingenuo impulso de gratitud:

—Le apuesto a que esos, aunque se dan tantos humos —apunté en torno nuestro, hacia varios grupos de conversadores— no sabrían pensar las cosas como usted... en usted de veras se ve...

—No diga tonterías, pues ¿qué cree que vale una tesis? —me atajó casi con brutalidad, dando vueltas a su encendedor sobre la superficie vidriosa de la mesa, sin mirarme. La voz con que habló estaba inexplicablemente llena de amargura y me hizo sentir a disgusto, como adulator cogido en falta; además, soy susceptible al resentimiento... Volví a la idea de que su apariencia...

—A ver, ¿qué se ve en mí?, ¿de qué tengo apariencia? —me preguntó— en el tono que emplea quien quiere excusarse de algún ex abrupto.

—Iba a decirle que de verdadero intelectual... Me sorprendía, por segunda vez, en falta, pero el recuerdo de que estaba pendiente la parte final de mi tesis me permitía mentir con aplomo. Y, sinceramente, ¿no era un intelectual? Nadie en la facultad lo dudaba; sólo se le reprochaba cierta abulia y... el haber cambiado un brillante doctorado por una oscurísima esposa.

—No, hombre—. Otra vez el tono amargado, contundente. No iba a jugar toda la tarde conmigo; sobre todo se trataba de una nimiedad.

Cambió prontamente a la voz cordial, como un ventrílocuo:

—Imagínese que esta tarde me han confundido con un raterillo...

Era absurdo.

—Sí, en el tranvía —se sirvió azúcar con suma lentitud, juntando patéticamente el entrecejo—: ya ve usted que mi apariencia... Claro que también yo he tenido la culpa: ¡mire qué traje y qué camisa!...

Quien sabe qué torcidas veredas seguía su conciencia, pues yo no veía relación alguna entre su traje claro, de paño burdo, y su fina camisa, quizás algo afeminada, con el hecho de que lo hubieran creído un ladronzuelo. Pregunté.

—¿Pero a quién se le ocurrió creer...?

—Mi mujer...

—¿Ella?... ah, no, perdone usted...

—... mi mujer es completamente imbecil, pero a veces piensa mejor que yo, palabra... Dijo que no me correspondía esta ropa...

La verdad era que a cualquiera podían corresponderle prendas tan comunes como las suyas.

—... Bueno, ella lo dijo de otro modo: que para qué diantres quería parecer yo un muchacho con esta ropa... ¿Sabe usted?, es una pobre diabla celosa, pero dijo bien: ¿qué hago yo, medio misántropo, metido en este disfraz de bailarín de cha cha cha?; me recuerda al revés aquel verso de Quevedo "... vestidos negros, pensamientos verdes..." Volviendo a aquello: fué una simpleza, y ridícula por añadidura. Se lo voy a contar en dos palabras.

Bebió un sorbo de su café y yo, aunque inquieto porque ya había oscurecido y mi tesis no avanzaba, encendí otro cigarrillo.

—¿Usted sabe dónde vivo, no? pues salí temprano... no me gusta quedarme allí después de comer, sobre todo si mi mujer empieza con cosas...; recuerdo que caminé hasta la esquina casi de puntas, porque odio el maldito taconeado de estos zapatos... pero ahora no los fabrican más que así...

"Por Dios, que sea prolijo en mi tesis, pero no ahora", pensé.

—... Mi problema era matar el tiempo, unas tres horas, hasta que llegara el momento de vernos aquí. Tomé el tranvía: ir a cualquier parte...; era uno de esos tranvías nuevos que se deslizan sin ruido; iba lleno, pero al fondo vi un asiento desocupado... Usted los conoce ¿verdad?; ya ve que atrás tienen un asiento corrido para varias gentes: allí me acomodé. Adelante de mí, dos muchachas. Yo las veía de medio perfil; muy lindas me parecieron las dos, sonrientes y conversadoras entre sí. Hasta me fijé en que la que venía al lado del pasillo guardaba sus billetes en la bolsa del vestido; le asomaban y quise advertírselo; pero ¿usted sabe si en ese caso lo que cree una mujer no es que uno anda buscando el pretexto de abordarla?... Bueno, al rato —ya veníamos por Tacubaya— empezaron a desocuparse asientos; me mudé al centro del carro...

("Mi tesis, mi tesis, por favor...") Resolví ayudarlo a que abriera:

—Total, que luego le robarían el dinero a la muchacha y a usted lo culparon, o algo parecido, ¿no?

—Sí, así fué...; por segunda vez cambié de asiento, junto a una ventanilla. Pasamos frente al bosque. Vi estacionado el automóvil de un barítono, amigo mío, a quien admiro muchísimo: nuestro mejor barítono seguramente, magistral en los *Carmina Burana*... los ha oído ¿verdad?... Pues venía yo totalmente abstraído...

—En las nubes —comenté, sin calcular que ello podía originar otra digresión contraria a mi fervoroso deseo de que acabara.

—Sí, pensando no sé en qué; verdaderamente en nada... a veces huye por completo la noción de las cosas; mentira que el pensamiento sea lo mecánico y burdo que hace ver el personaje aquél, de maravillosas deducciones, en el cuento de Poe: si así fuera, a la vista del automóvil de mi amigo yo habría recordado, por ejemplo, el comentario que la semana pasada hice sobre los *Carmina*: dije que es verdadero antigregoriano, puesto que aunque echa mano de ciertos materiales del canto gregoriano y también del latín, produce un efecto completamente contrario a la elevación tan espiritual...

Qué espanto: ¿cuándo acabaría? (Mi pierna izquierda era la más impaciente: incontrolable su agitación.) Ya estaba bien...

—Voy al teléfono, permítame... le avisaré a Cristina que irá a verla un poco tarde... Fíjese: ya son las siete pasadas... — “¿Entendería?...”

En realidad me comuniqué con la tintería: que recogieran mi abrigo.

En aquel rincón las conversaciones dejaban de ser el flujo y reflujo de remotos sonidos aglutinados que eran desde nuestra mesa y adquirirían un carácter distinto y personal. Grupos como islas, creando mundos cada uno. Humo de cigarrillos, excitación, afanes. Todo junto lograba ser como una caldera a su máxima presión y hasta exhalaba un vaho caliente.

El, lejos, con expresión tristísima, remarcada por el ángulo doliente de sus cejas, apuraba el resto de su bebida. “¿Cómo —comprendí, de pronto— pude ser tan egoísta?”; si él había gastado un mes en mi tesis, yo gastaré una y todas las horas necesarias, oyéndole. Me instalé frente a él, libre de mi estúpida tensión:

—Decía usted que los *Carmina*...

Pero lo había abandonado el impulso que lo hiciera franquearse conmigo.

—No, no era nada.

—Bueno, ¿y la cosa?, ¿cómo terminó?

—Como usted adivinó —su voz, educada y fría, volvía a ser la de un hombre que ni pide, ni da—: la muchachita aquella me reclamó lo que yo no había hecho.

—¿Ante la gente?, ¿qué hizo usted?

—Era una muchacha educadita y me acusó sólo a medias; pero de todos modos quedé con una impresión de lo más molesto y preferí bajar en seguida... Oiga, ¿trajo las notas que necesitamos?

Extraje unas cuartillas de mi portafolio y se las tendí. Empezó a leerlas. Entretanto, la certeza de que yo no le había permitido explicar lo que para él era más importante, es decir, el hecho mismo de que se le hubiera confundido con un píllo, me encadenaba, implacable, a su incidente. Lo imaginé, corridísimo, bajando del tranvía apresuradamente. Chapul-

tepec enfrente, envuelto en su triste luz, y él abandonado, aunque por su propia decisión, en un andén solitario, como bribón indigno de ir entre gente: esperar otro tranvía o perderse, con el mal sabor de boca, por las calles adyacentes. Casi chaplinesco. Y luego lo que tal vez me quería dar a entender desde un principio; él, con su mujer estúpida, con su inevitable conciencia de intelectual y sus pre-

tensiones de intelectual (“quiero ser, quiero ser”): distinto, aunque no se lo propusiera; y luego, en el peor momento, cuando más inerte estaba, ¡zas!, viene una muchachita, o vienen dos, a decirle: “usted debe ser el ratero que me robó mi dinero, porque usted tiene apariencia de ratero”...

—¿Empezamos ya el final de su tesis?

# MONTALVO Y CERVANTES

Por José ROJAS GARCIDUEÑAS

**H**OMBRE extraño don Juan Montalvo: campeón de la libertad por la que lucha sin descanso y sufre de pobreza y destierro, enemigo de dictadores y tiranos y, al mismo tiempo, nadie como él para reconocer, acatar y reverenciar ciegamente las verdaderas y hasta a las dudosas autoridades en materia de lenguaje, se inclina servil ante las opiniones y pareceres de gramáticos y académicos; enamorado y de vida familiar fracasada, descuidado en sus deberes paternos, era sin embargo un moralista feroz y frío, inhumano hasta lo absurdo en su culto a ciertos principios éticos, así en aquel increíble caso cuando, ya muy enfermo de sus lesiones pulmonares, dictaminaron los médicos la urgencia de una operación en la que para llegar al órgano enfermo era preciso cortar antes dos costillas, y

*El Cosmopolita*, en *El Regenerador*, en cartas como la *Mercurial Eclesiástica* y en las formidables *Catilinarias*. Pero estudiar todo eso sería cuestión de emprender un trabajo o demasiado extenso o concentrado en extremo; no es mi propósito tratar, ahora, ni de la personalidad ni de la obra de don Juan Montalvo sino apenas de uno de sus libros y de una de sus modalidades: aquellos *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* que Montalvo empezó a escribir en 1872, que más tarde amplió, revisó y retocó, y que solamente se editaron después de muerto su autor.

¿Qué son, genéricamente, esos *Capítulos*? Su clasificación rigurosa es difícil, cual ocurre con casi toda la producción de Montalvo (hecho excepción de los pocos y deficientes poemas y obras teatrales), porque oscila del artículo al ensayo y al tratado. Y no deja de ser curioso que un retórico y preceptista de aficiones tan ceñidas a lo previamente estatuido resulte tan poco propicio a los módulos que él con tantísimo respeto miraba. Ya con tales antecedentes y distingos, a los dichos *Capítulos* lo más claro es tomarlos como novela que encierra varios ensayos, o, más precisamente, reflexiones que llevan en sí mismas el germen de ensayos.

Mas no porque sea novela se piense encontrar en ella una presentación de personajes con sus antecedentes, un desenvolvimiento de la acción y su desenlace. No lo hay, ni su autor se obliga a dar eso, pues por ser capítulos “olvidados” suponen la estructura toda de la novela en que deberían estar insertos. Por eso pueden comenzar con la penitencia que “principió y no concluyó nuestro Caballero Don Quijote”, enlazando así con los capítulos 23 y 29 de la primera parte del *Quijote* cervantino. Prosigue, el de Montalvo, en su caminar sin plan ni propósito y acontecenle diversas aventuras de poco momento con pastores y otra gente rústica. Llega el Hidalgo a la casa de don Prudencio Santibáñez tomándola por castillo y le acontecen muchos y variados sucedidos en los que muestra su valor, sus lecturas, su galantería. Puede considerarse que todo eso forma como una novelita quijotesca aparte, de regular extensión pues alcanza 22 capítulos con unas 140 páginas, aproximadamente, en las que hay episodios tan notables como el del supuesto ermitaño, el combate con



... ¿qué son los Capítulos? ...

Montalvo se avino a ello, pero negándose a ser anestesiado porque no podía consentir en renunciar al conocimiento y a la conciencia de sus actos.

Entre los varios aspectos de su obra: el de la historia del Ecuador y de Hispanoamérica; el de las ideas sociales y políticas, hasta el de su propia biografía, el más importante es el de la crítica a las gentes en el poder, la que hace en